

nos que á levantar gente en armas? Y Toño seguía riendo festivamente, y no reparaba en que yo me ponía descolorido y frío como un muerto.

—El asunto no es de risa, Toño, esto puede ser muy grave.

—¡Anda, hombre, si ahora me irás á convencer de que eres revolucionario; tú, el discretísimo, el selectísimo, el sapientísimo Andrés Pérez!

Juro que las bromas de Toño me parecieron del peor gusto. En otra ocasión las habría encontrado sencillamente imbéciles, ahora me ponían los nervios como cuerdas de piano viejo.

Mi actitud puso serio á Toño, y, ya en otro tono, me interrogó:

—Vamos á ver ¿qué significa esto, Andrés, explícame?

—Todo es mentira, es una calumnia estúpida....

—Bah, cabalmente por eso he comenzado por reirme, así lo creí primero, que no se trataría sino de algún bromazo que te quiere dar alguno que te sintió el pelo de punta.

—Es que en estos momentos un bromazo de esta naturaleza le puede costar

á uno el pellejo. Y sobre todo, esto no es una broma, es una venganza vil y miserable.

Y tuve necesidad de hacer notar á Toño que en esos momentos se desencadenaba una persecución terrible contra los maderistas de la República entera; tuve que recordarle mis rencillas con el jefe de redacción de "El Globo." Entonces Toño, mirándome otra vez con aquella extraña atención, me dijo muy seriamente:

—No será remoto que tengas razón, Andrés.

Largos minutos permanecimos en silencio; yo profundamente preocupado, y él buscando, seguramente, la solución á mi caso.

—¡Oh exclamó de pronto, es que ahora vamos á entrar en una era nueva, una etapa nueva; pero funesta para ellos. Los señores bandidos, Andrés, dejan de limitar su acción al pillaje, y ahora desenvainan los puñales. ¡Pero ya veremos, desgraciados! ¡Canallas!

—Ahora tendrán que habérselas con catorce millones de mexicanos que saben quienes son sus enemigos. ¡Bandidos, asesinos: México os conoce en cueros!

Excitadísimo otra vez, como se había puesto en la mañana, durante la lectura de la prensa, recorría el escritorio, lanzando las más candentes diatribas al Gobierno. Unicamente que ahora ya mi actitud era diversa de la que guardé en la mañana: no pude sostener mi posición de divinidad india, ante quien los acontecimientos humanos son indignos de la atención más mínima. Confieso que ahora pude comprender á Toño Reyes á punto de llorar por la muerte de Aquiles Serdán.

—

—Creo que Toño no regresará hasta mañana-me dijo en la sala María, la noche está helada y este tiempo lo pone malo.

Yo no me atreví á insinuar nada á propósito del viaje de Toño á la ciudad, y María también se abstuvo de hacer alusión alguna. Pero algo trasuntaba, ó Toño se lo dijo todo, porque durante la hora de charla que sostuvimos sobre mil trivialidades, de vez en vez me lanzaba una mirada rápidamente inquisidora, igual á las miradas de Toño y de su mayordomo, en el escritorio. Peor aún, observé que

no pocas ocasiones abandonaba el tono ligero de la conversación, y á lo mejor espetaba alguna frase casi seria y hasta respetuosa para mí.

Sería deplorable, ciertamente, que yo fuera á resultar ahora todo un personaje de novela, A punto fijo no sé lo que María piensa de mí; pero mi edad no es por cierto lo que me da carácter ante ella; algo ha encontrado pues, para cambiar así. Lo lamento de todo corazón. Una mujer que deja su frivolidad es algo, para mí, que no sirve de nada: un juguete roto, un bibelot descabezado, un zentzonle sin laringe.

Menudeamos sendas tazas de café, esperando á Toño, y cuando al fin me despedí, seguro de que no regresaría, salí del comedor, bastante nervioso y excitado.

—

La noche fué de inquietud febril. Mi cabeza era una bataola de gendarmes, de rurales, de policía secreta; una porción de pensamientos é ideas inconexas y desparpajadas. Cuando fatigado creía, al fin, que me iba á rendir el sueño, el rumor más débil me despertaba de nuevo, en un

grado mayor de hiperestesia. Todo se crecía desmesuradamente en mis oídos: el crugir de los goznes de mi ventana, empujada por una ráfaga de viento; el imperceptible estremecimiento de la madera del ropero, el cierzo que susurraba en las afueras, como un tenue y vagoroso lamento.

Al otro día, cerca de las nueve, estaba dentro del agua, cuando Toño penetró á mi cuarto.

—Todo está arreglado á satisfacción—me dijo.—Pero ahora eres mi prisionero, naturalmente. Tienen tu filiación todos los rurales, y si sales de los terrenos de "Esperanza" no puedo responder de tí. Es preferible, pues, y necesario, que, mientras pasa esto, permanezcas entre nosotros. Cosa de la que me regocijo cordialmente, Andrés, porque te tenemos para tiempo en tu casa.

—Gracias, Toño—repliquéle con aire de plena suficiencia;—pero este nubladillo no va á pasar de una ó dos semanas; el gobierno tiene fuerza suficiente para sofocar este estúpido movimiento revolucio-

nario, y para que cesen estas persecuciones más estúpidas aún.

Toño se puso rojo; y lanzando una sonrisilla desdeñosa, contestóme:

—¿Un par de semanas para sofocar este movimiento? . . .

Eindudablemente le retozaba la gana de hablar, porque hizo un esfuerzo verdadero para contenerse: solo se contentó con volverme á mirar con esa mirada escuñadora que me va cargando, y con alargarme después el paquete de mi correspondencia.

Cuando me vestí, encontré entre los periódicos de la semana una carta. ¡Una carta! ¡Oh sorpresa! Una carta de mi dulce amiga Luz. He sido injusto contigo, he sido cruel contigo, oh Luz, la de los brazos blancos. Te he juzgado como el asno puede juzgar al ruseñor. Tu cartita desborda ingenuidad, cariño, pasión; toda tu alma frágil, tierna y delicada, se ha vaciado en estos rengloncitos chuecos, platóricos de disparates . . . Pero no soy injusto contigo, Luz, amada mía! . . . Porque, para haber sido denunciado como maderista, fué necesaria tu infidelidad precisamente con el hombre que más odio en el

mundo, con el finchado de mi jefe en "El Globo." Porque sólo tú, amiga mía, sabías que yo estaba en "Esperanza! ¡Pérfida! . . .

Hoy quince de Enero, aniversario del natalicio de Mar' .

---Veinte años cumplidos-me dice sonriendo, esta mañana.

Sus palabras tienen la diáfana sonoridad del cristal, y su rostro irradia la alegría de una mañanita fresca.

Rudo contraste el suyo al lado de este pálido Toño Reyes.

Como se esperaba, visitas para el medio día-amistades de las haciendas vecinas y de la Ciudad-María se ha engalanado, y desde sus diminutos choclos de altos tacones, hasta la gran castaña que corona su cabeza (trágica cabeza arrancada á las ilustraciones de un terrible cuentecito de Jean Lorrain), toda ella trema un perfume de coquetería incisiva.

Tendremos fiesta, pues, ahora, y, como es probable que la gente masculina forme su cóncave para discutir la cuestión política de actualidad, yo me escabulli-

ré en el momento propicio, y me defenderé al arrimo de las faldas de María, ó de alguna guapa amigueta suya. Porque, incuestionablemente, me viene mejor la tibia proximidad de una falda de seda, que las mal olientes é hispidas barbas de estos machos patriotas.

Es singular lo que ha ocurrido conmigo. Desde que vinieron los gendarmes del Estado en busca mía, mi situación se ha hecho verdaderamente peregrina. El rumor de que soy agente revolucionario de don Francisco I. Madero, ha cundido como mancha de aceite, y, desde el día más cerrado de meollo, hasta el mismo padre cura que viene á decir misa los días feriados, todos me asaltan á preguntas sobre la revolución, y no pocos me piden el santo y la seña de Pascual Orozco, de José de la Luz Blanco..... y del demonio.

Toño se destornilla de risa cuando me sorprende perorando á las buenas gentes, á efecto de desmoronar esta leyenda absurda que se me ha formado. El resultado de mis esfuerzos es inverso cabalmente del que me propongo: mis palabras y mi gesto se traducen como habilidad estra-

tégica para alejar á la policía, la que, al decir de Toño, me vigila muy de cerca.

Por lo demás, malos vientos corren: las dos semanas que "El Imparcial" y yo otorgamos á los *latrofaciosos* para dejarse despachurrar por don Porfirio, han transcurrido bien corridas, y la revolucion ¡en auge!

Entretanto, yo, agente revolucionario de don Pancho Madero, me crezco cada día un palmo, y es la hora en que me rodea una atmósfera extraña: mezcla de la veneración de algunos y del terror de los otros. Vicente, por ejemplo, el muchacho mayordomo que tan ásperamente acogió mi arribo á esta hacienda, y que después siguió mirándome con maloculta prevención, ha verificado un cambio radical, y ahora se desvive por adivinarme el pensamiento, me muestra caluroso afecto, y hasta se ha ofrecido á acompañarme cuando quiera salir de "Esperanza" y tema de la gendarmería rural. Porque Vicente-él me lo ha dicho-se ríe de la gendarmería rural. Los escribientes, que antes apenas reparaban en mí, ó cuando menos fingían ignorarme, ahora me saludan con una sonrisilla de sobreentendido, se llevan la

mano á la oreja en actitud militar y me dicen: "buenos días, mi jefe." El llavero me tiene al corriente de los menores movimientos de la gendarmería, sin que yo haya procurado jamás tales noticias. Algunos compradores de ganado y cereales, que suelen venir de la ciudad, secretéanse con los empleados de esta finca, me miran y me remiran, me escudriñan, y al partir se despiden de mí con un apretón de manos tan expresivo que por un cuarto de hora me quedan pintados sus dedos. Diversa es la impresión, que en general los gañanes y sus mujeres tiene de mí. Les inspiro desconfianza ó terror inoculto. Ayer mismo, como me hubiese extraviado de la vereda de "Esperanza," al regresar de un paseo vespertino por la falda de la sierra, me encaminaba hacia un arroyo, donde unas mujeres llenaban sus cántaros de agua, á pedirles la buena dirección. En cuanto me vieron, echaron á correr, como almas que se lleva el diablo, hacia unas paredes viejas ensalitradas. No salía de mi asombro, cuando descubrí por encima de las viejas tapias, una cabeza marañuda, de ojos espantados, y luego el brillante cañón de una carabina.

Me quedé como muerto. Afortunadamente el viejo comprendió, por mi actitud, mis inofensivas intenciones, y apartó su mortífera arma.

—Dispense el patrón-me dijo,-pero está uno tan espantado con eso de la revolución, que todos andamos ya con el *Jesús en la boca*.

Quise entrar en explicaciones con él, pero se rehusó á escucharme. Díjome que ya sabía quien era yo y lo que andaba buscando, que, "por el amor de Dios y lo más sagrado de mi familia" no me acordara de él en la *leva*, que considerara que tenía mujer, hijos, su padre muy anciano... El hombrazo acabó con los ojos rasos de lágrimas.

Después he sabido que este sujeto, lo mismo que otros peones de las haciendas, tienen excavaciones muy ocultas en el piso de sus chozas, preparadas para esconderse cuando lleguen revolucionarios por acá.

¡Evidentemente que los intelectuales y los parias coincidimos en nuestro horror á la guerra!

"Estaría de Dios", dice la gente fatalista del campo, cuando alguna desgracia

irreparable le abruma. "Estaría de Dios," me dije yo ahora, después del medio día, cuando inopinadamente, me encontré arrastrado á integrar el círculo de los temidos políticos, y á departir con ellos, mientras tomábamos el café.

Pero, para estos casos imposibles, tengo ya mi táctica especial.

Cuando tropiezo, por ejemplo, con algún *mi amigo*, que me es profundamente antipático ó sencillamente insoportable, y me veo constreñido en absoluto á llevar su compañía: una luneta contigua en el teatro, el asiento vecino en el tranvía, entonces lejos de mantenerme hosco y hostil, á la defensiva, procuro sacarle partido á la situación, divirtiéndome á costa de mi mismo: me acerco más aún á *mi amigo*, le doy conversación; hago por que sus palabras, sus gestos, y hasta sus acciones mismas, sean precisamente aquellas que menos puedo tolerarle: es decir imito al infeliz Mitus de Víctor Catalá, quien con una navajita enterrada en las carnes, volvía y revolvió, destrozaba, dislaceraba las fibras más sensibles, hasta acabar por encontrar la voluptuosidad suprema en un espasmo de su propio dolor.

Animosamente, pues, antes de que nadie haya tocado la tecla terrible pronunció;

—¿Y de política qué saben los señores?

Un sujeto muy serio, afeitado totalmente, de cabeza gris, un poco robusto; pero no con la robustez petrea del hombre de campo, sino con esa gordura muelle y floja del laborante de gabinete, toma la palabra.

Le oigo hablar y voy anotando. Desde luego, por el tono de su voz, por la gravedad y aplomo con que emite sus dictados, saco en claro que este hombre no puede ser otro que el mentado dueño de "La Cruz Alta." Toño me ha hablado muchas veces de él, unas con grandes elogios, otras con manifiesto desdén "Don Octavio-me dijo hoy-es un bonito tipo, lo vas á conocer: ha leído mucho y sabe mucho; pero témome que sus opiniones sean sólo la resultante tóxica gaseosa de la indigestión de sus lecturas."

—La gravedad de la situación actual dice don Octavio-se aumenta cada día con los desaciertos constantes del Gobierno, ¡Es inconspicuo! El Gobierno, como

decía á ustedes en otra ocasión, se resiente de la senilidad, ó más bien dicho, decrepitud del Dictador. Estábamos ya acostumbrados á una dictadura suave, lógica, cuerda, tolerable bajo todos aspectos; pero el gobierno está cometiendo una serie entera de pecados mortales. La conferencia Crelman fué una colosal inocentada tal vez; pero la publicación de ese albañal, "El Debate," es un golpe que el Gobierno se asestó en pleno corazón, ¡Y un organismo normal, aunque sea viejo, no se suicida!

Don Octavio se calla, alisa su peinado impecable, reclina unas hebras lacias y limpias sobre su calvo temporal izquierdo.

"O todas estas gentes están locas, pienso, ó soy yo el único loco de esta casa. Porque, en efecto, todo el mundo, menos yo, conviene en que está *gravísima* la situación."

—Lo de Puebla ha sido horroroso-pronuncia Toño, encendidas las mejillas, y tose repetidas veces cual si hubiese dicho un discurso entero; después sus carrillos se apagan, quedando tan sólo el ligero rubor de unas pequeñas manchas: es tal vez la hora de la calentura.

La conversación se interrumpe en este punto, á la entrada de dos nuevos individuos, uno de los cuales recibe el tratamiento de "mi coronel."

—En efecto-reanuda don Octavio-el Gobierno ha hecho de Aquiles Serdán, de un enemigo suyo, nada menos que uno de los héroes de mañana, uno de los mártires más grandes de la Democracia y de la Libertad.

—Y el Gobierno-agrega Toño con vivacidad-ha hecho de leales servidores suyos tal vez, de pundonorosos soldados quizás, bandidos anónimos, asesinos vulgares.

El llamado coronel, que, desde que llegó, está ansioso por coger la palabra, arrebátala en este momento. Es un viejo doblado de carnes, bajo de estatura, con aires de bandido de encrucijada. Presenta la particularidad de ladrar en vez de hablar, y de tal manera alarga los gruesos y pesados belfos, y de tal suerte encrespa los hispídos bigotes de cerdo espín, que lo aleja á uno á distancia respetable, y lo hace sentir la inminencia de un mordisco. A punto fijo no sé lo que este sujeto discute; es un totum revolutum, donde danzan la guerra de tres años, la ley

de aguas vigente, la revolución en la frontera y los *mochos* que él mismo mandó fusilar, en la última revuelta, tantos que alcanzaría á pavimentar una calle entera con sus cránes.

Y lo creo, porque el viejo se rie y enseña los colmillos podridos, los ojos inyectados y las narices rojas del alcohólico consuetudinario.

Después habla el mocosuelo enfatuado que llegó junto con el coronel. Comienzo á fastidiarme cuando surge toda una disputa. Parece que este mozo se expresa con inquina del jefe de la Revolución, porque Toñc puesto en pié, interroga airado:

—¿Madero es un imbécil? ¿Madero es un loco? ¿Esa es la opinión de todo un periodista?

¿Periodista este bicho? ¡Caramba, inquestionablemente que los periodistas y los literatos somos unos tipos muy simpáticos!

Juro por Dios vivo, no haber tropezado jamás con un ejemplar de la especie, sin sentir el deseo más sano y más santo de verlo reventado como un sapo.

—Madero es un loco para toda gente que tenga siquiera tantito así de buen sentido-pronuncia enfáticamente *mi compañero*.

—Mire usted, don Cuco-responde Toño-si por cualquier circunstancia, la revolución iniciada y fomentada por Madero obtiene el éxito que merece, entonces toda esa gente del *buen sentido*, y usted el primero, don Cuco, todos á una opinarán que Madero es nada menos que una de las figuras más grandes de nuestra Historia..... ¡Madero un imbécil! ¡Madero un loco! ¡Madero un hazme reir! Y bien, sí, eso se dice, eso debe seguir diciendo la gente de *buen sentido*. Pero le advierto, don Cuco, que en opinión de la gente del *buen sentido*, Hidalgo fué también un imbécil y un loco; pero un día Hidalgo se hizo entender á machetazos de la gente de *buen sentido*, y ese día fué proclamado héroe por ellos; y un día Benito Juárez hizo triunfar la Constitución á machetazos y la gente de *buen sentido* lo proclamó héroe también. Así, pues, júrelo usted, don Cuco, si Madero logra meter la democracia á machetazos, Madero será proclamado un héroe por esos

mismos que ahora le llaman loco é imbécil. Pero para los que tenemos la fortuna de no pertenecer al rebaño de los del *buen sentido*, Madero está juzgado ya, y tenga ó no tenga éxito en su empresa, Madero es de hecho una figura que ha alcanzado las alturas de un Hidalgo y de un Juárez!

—No, hombre, no ¡por Dios Santo, don Antonio, esos son disparates!

—Disparates con D mayúscula-gangoorea el coronel.

—¿No juzga usted que esto si no cuela, señor?-inquiére el periodista, volviéndose hacia mí.

—Sí, don Cuco-le contesté secamente, y sigo fumando mi cigarro, lo cual no me impide observar las miradas furibundas que el irritado bicho me lanza por mi inurbana contestación.

—Pues sí, señores, yo protesto porque es la más solemne de las tonterías comparar á Hidalgo y á Juárez con Madero.

—Con un vinatero que se ha enriquecido de envenenar con sus puercos aguardientes al pueblo mexicano-clama el coronel.

—No, don Antonio, usted dispense

insiste el periodista-pero con Hidalgo y con Juárez sólo un hombre puede resistir la comparación.....

—Y ese hombre se llama-prorrumpe el coronel-Porfirio Díaz. ¡El Héroe de la Paz!

—¡Porfirio Díaz! ¿Qué puntos de contacto existen entre estos hombres? Porfirio Díaz no ha sido más que una víctima de su propia ambición. Porfirio Díaz no supo ni cuando y ya había caído en las garras del partido contra el que cabalmente lucharon Hidalgo y Benito Juárez. Porfirio Díaz tiene su legítima filiación en Agustín de Iturbide, porque los que levantaron el trono para Agustín de Iturbide son los mismos que se han estado tragando á México, acaudillados por Porfirio Díaz.

—Estas son boberías, El partido conservador no existe ya siquiera-responde don Cuco.

—El partido conservador existirá ó no; pero si existe el partido descendiente de los encomenderos, el legítimo descendiente de los congregados de la Profesa... ese partido no cree en Dios ahora, porque

por el momento de nada le sirve creer en Dios, tal vez mañana le sea necesario y entonces llenará las naves de las catedrales; pero es y será siempre el mismo; la turba famélica insaciable de los vampiros de la raza mexicana. Conque ya verá usted si puede haber comparaciones entre aquellos prohombres de la patria y este dictador engrandecido por la adulación más abyecta que México haya presenciado jamás! Lo que sucede, don Cuco, es que los hombres del *buen sentido* pierden la lógica á veces. La conducta lógica de los del *buen sentido* es ensalzar á Iturbide y deturpar á Hidalgo, enaltecer á Hernán Cortés y despreciar á Cuahutemoc. La luz demasiado viva los ha ofuscado por un momento; pero ahora, en las postrimerías de este gobierno prostituido, ya vuelven sobre sus pasos. ¿No se han emprendido serios trabajos para celebrar el verdadero centenario de nuestra independencia en 1921? ¿No se ha pretendido que México levante una estatua al célebre bandido Hernán Cortés? Así deberían obrar siempre las gentes del *buen sentido* Que sus actos vayan de acuerdo con sus ideas. ¿No le parece, don Octavio?

—¿Decía usted?

Hubo que repetirle las últimas frases, porque, como siempre, don Octavio no reparaba en la conversación.

“Este espíritu superior-me ha dicho Toño, sólo tiene oídos para escucharse á sí mismo.”

Encuentro la observación rigurosamente exacta.

—La historia-dice don Octavio, no juzga á los hombres, ni sólo por la intención de sus actos, ni sólo por la resultante de los mismos. Si en los altares de la patria veneramos á un Hidalgo y á un Juárez, pongo por caso, no es sino porque son símbolos de las aspiraciones realizadas de una inmensa mayoría en ciertos momentos de oportunidad. ¿Por qué le extraña á usted que en pleno siglo XX escritores españoles ó españolados, se despampanaten de admiración ante la figura del aventurero Cortés? Quiero decir, sencillamente, que esos escritores viven la época de Hernán Cortés. Sí, señor, admiramos y veneramos de los hombres aquello que encarnan de nuestro propio yo en su obra realizada. Ni Hidalgo ni Juárez,

ni hombre alguno, desmenuzados fríamente por el análisis riguroso de la crítica son dignos de la veneración de nadie. La vulgarización de ideas contrarias cabalmente es la causa de que labores tan burdas como el “Verdadero Juárez,” en vez de levantar una polvareda de risa, hayan podido producir una tempestad de indignación. Por otra parte, ¿cree usted sinceramente que Porfirio Díaz sea nada más que un sucio borrón en nuestra historia? Pues, no señor, la figura odiosa del Dictador se fundirá en aras de la del Héroe de la Paz. Porfirio Díaz se destacará siempre grande, símbolo de una de las más urgentes necesidades del país, en el momento en que ha sentido su fuerza á punto de extinguirse; Porfirio Díaz ha sido la inyección de morfina, que no cura, pero que da descanso y que da tiempo para almacenar fuerzas que permitan más tarde tolerar el cuchillo extirpador que debe curar. Porfirio Díaz seguirá siendo el símbolo de la paz; el otro Porfirio Díaz, el del vulgar cuartelazo, el político artero y mentiroso, el político ambicioso y débil, que no supo comprender que entregándose á una jauría, por esa misma jauría sería

devorado, ese tiene que esfumarse ante el brillo inextinguible del Héroe de la Paz.

—Tal vez así será—contestóle Toño muy abatido ya, y del peor talante—puede ser que así sea; pero mi modo de pensar es muy distinto.

—¿Y cree usted que triunfe el loco Madero?—preguntó el periodista á don Octavio.

—Yo no podría aventurarme á predecir acontecimientos. Solo le diré á usted: un pueblo existe únicamente por el sentimiento que tiene de su propia existencia; si Madero logra hacer que México se acuerde de que efectivamente puede vivir, México vivirá, no tenga usted la menor duda; si Madero no lo consigue, mucho me temo que la catalepsia se prolongue, y que los Estados Unidos la transformen en mortaja, á la mejor hora. ¿No le parece á usted, señor?

Ahora don Octavio se vuelve derechamente á mí, y su pregunta me sorprende, como la inesperada pregunta que el profesor le hace á un estudiante á la hora de clase.

—No tengo opiniones fijas en política—le contesto francamente.

—Andrés es cronista, pronuncia Toño en mi ayuda—y usted sabe que ahora la moda de los cronistas metropolitanos es no tener opiniones políticas. Pero si á él le parece ó no le parece, yo le contesto á usted, don Octavio, que si ocurriere esa infamia de que los Estados Unidos acabaran de robarse nuestro territorio, nunca, jamás la culpa habrá sido de esos denodados hombres que se han echado á las armas por la libertad de la patria; serán los culpables, los únicos culpables, esos bandidos que por ahitarse de dinero asesinarán á sus propios hijos.

—¡Apláquese usted, amigo don Antonio grüñe el viejo coronel mostrando sus colmillos de nixtamal.—¡Si iríamos resultando con que Toño Reyes es todo un cabecilla revolucionario!

Y todo el mundo volvió los ojos significativamente hacia mí; como si todo el mundo estuviera al corriente de mi aventura estúpida con la gendarmería rural. Y don Octavio, volviendo la cara con indiferencia, y al parecer sin la menor intención, exclama:

—Hay que recordar las palabras de Renán: “el hombre que no ha sido revolucionario á los veinte años, es un imbecil.”

Pocos días después fuimos á *pagarle* su visita á don Octavio.

El dueño de “La Cruz Alta” me dió una gran prueba de su talento: en todo el día no llegó á chistar filosofías. María, contentísima como una chicuela de colegio, saltó toda la mañana por la huerta y por el jardín. Al principio tuvimos paciencia para seguirla, después, fatigados por el sol, la dejamos con don Octavio á quien abrumaba á preguntas sobre plantas exóticas, flores rarísimas, frutas exquisitas, productos todos que el mismo don Octavio cultiva para adorno y regalo de su mesa.

Toño y yo volvimos al escritorio y recorrimos un album de grabados, mientras María y don Octavio regresaban.

Vi pasar con rapidez una criadita vestida de linón, airosa y esbelta, con su cara pequeñita, fresca y redonda. Y me sentí sólo, inmensamente sólo, y me acor-

dé de mi amiguita Luz. ¡Luz la de los brazos blancos! Y suspiré con la tristeza del bien ajeno.

Sin embargo, cuando María regresó del jardín, con un clavel rojo prendido en los encajes crema de su blusa, un clavel no menos encendido, suave y tierno que los carrillos de María, un clavel que disimuladamente se quedaba abandonado al alcance de mis dedos, estoicamente permanecí impassible y *no lo ví*.

Al medio día se sirvieron platillos selectos y vinos añejos.

Nos alegramos un poquillo. Don Octavio no desbarró más que en repetirme intencionadamente la frase de Renán.

Pero María estuvo demasiado seria conmigo.

¡Mejor!

Después vino el turno de la visita al Coronel Hernández. María rotundamente se negó á acompañarnos. “Es un soldadón” fué todo su pretexto.

—Toleramos sus relaciones-confirmó Toño, bonachonamente, porque el agua de la presa suele acabarse á fines de la

estación calurosa, y entonces el arroyo de "El Cedazo" queda á distancia muy corta para los animales.

Y, efectivamente, María tiene razón. El Coronel Hernández produce á la vista, el efecto de un puntapié en el estómago. No acabamos las fórmulas de nuestros saludos, cuando está hablando de política ya. El llamado don Cuco es su adlátere y lo adula sin cesar.

Habla don Cuco: Corral es un hombre de un talento asombroso, de una finura escandalosa, de un vigor y una virilidad espantosos. Corral es adorado por sus empleados; las mujeres se mueren por él; los hombres se quedan fascinados ante su elegancia. Pineda es un cerebro con circonvoluciones más desarrolladas que la cordillera de los Andes..... Chucho Urueta un imbécil eterómano..... Luis Urrea un charlatán infeliz..... Manuel M. Alegre un sonámbulo..... Juan Sánchez Azcona un ladrón de niños pobres....

El Coronel confirma todo. El Coronel llevó á México el estandarte del semanario político de don Cuco, intitulado "El Moscón," á la gran manifestación

que el país hizo á Don Ramón Corral, pidiéndole, con las lágrimas en los ojos, que aceptara la Vicepresidencia de la República. El Coronel se sentó á la mesa de los redactores de "El Debate", junto con don Cuco. Y don Cuco asombró á México entero con su tremenda oda á Corral y á "El Debate."

Toño Reyes, casi sofocado, replica: Los corralistas son una piara de cerdos flacos que gruñen furiosamente porque el cebador los irrita con dejarles sólo oír el mascullar ruidoso de los cerdos gordos. Claro que porfiristas y corralistas son igualmente cínicos é igualmente insolentes; pero hay un matíz que los distingue: la insolencia indolente del cerdo gordo, y la insolencia rabiosa del cerdo flaco.

Y habla don Cuco: Los latrofaciosos son cobardes como una mujerzuela. El Gobierno, el Señor Presidente de la República, General Don Porfirio Díaz, es más grande que la Divina Providencia; porque la Divina Providencia, en tantos años de vida que cuenta, jamás ha podido disponer de ochenta millones de pesos para repartírselos á los pobres, como el Señor Don Porfirio lo va á hacer ahora.

Y habla Toño: Querría saber qué título será más glorioso y de más honor, dentro de veinte años, si ser descendiente de un *latrofacioso* ó de un redactor de "El Debate" El Gobierno acude á la limosna vergonzante para socorrer la ignominiosa miseria en que ha dejado á las viudas y á los huérfanos de los federales muertos en campaña, y ahora vamos resultando con que el Gobierno cuenta nada menos que con ochenta millones, para hacer felices á nuestros pobres!.....

Y me admira, en medio de tanta invectiva sangrienta, la actitud nerviosísima de Toño, y la calma espantosa de sus dos contradictores.

Hace algunos días observo la insistencia con que Vicente me mira y sigue mis menores movimientos. Parece que quiere hablarme y no se atreve. Como yo sospecho que aquí bulle algo de mi eterna pesadilla, finjo no reparar en él, y me mantengo sereno é indiferente. Pero esta mañana, cuando me trajo mi cabalgadura enjaezada, y puso las riendas en mi mano, se acercó y me dijo en voz baja:

—Que cuando pase el amo por la presa, se arrime tantito al camino real,

—¿Yó?—pregunté sorprendido.

—Usted en persona, patrón; es un individuo que quiere hablarle de cosa muy urgente.

—Te has equivocado, porque yo aquí no tengo negocios con nadie.

—Es usted mismo, le digo; me dieron el santo y seña-insiste Vicente, sin vacilar. Luego se acerca y, muy quédo, me dice:

—Es de los de la *Revolución*.....

¿Por qué lejos de negarme á tan absurda cita, convine en que Vicente ensillara también y me hiciera compañía?

—¿Qué te pasa, Vicente? —interrogué sorprendido de ver en su gesto y en su actitud el regocijo más intenso.

—No, nada, patrón...—me respondió, oblicuando la cara entre los hombros, como can amenazado; yo sólo quiero decirle que no se olvide de mí..... Ya sabe que soy de los suyos y que estoy listo para "la hora de la hora."

Y me mostró su reluciente y blanca dentadura, y en su faz morena, requemada por los vientos y los soles, en sus lí,

neas ferozmente viriles, resplandecía una llama de alegría.

—¡Caramba! ¿tú también, Vicente? Pero ven acá, amigo, dime ¿qué te importa á ti la Revolución? ¿qué diablos se te da que esté en la *silla* un don Porfirio Díaz ó un don Perico el de los Palotes?

—Ya cansó el viejo don Porfirio.

—Eso no es una razón.

—Y de más á más, ¿quiere el amo que se lo diga claro? Pues ese don Porfirio y todos los suyos no son más que un atajo de ladrones.

—Bien, vamos á cuentas: ¿qué te ha robado á ti don Porfirio?

—Pues como quien dice nada..... No anduviera yo aquí arrastrándome de *gato*. Mire, patrón, arriende para allá donde sale el sol. ¿Alcanza á divisar entre aquellos dos mesquititos, en lo alto de la loma, del lado de la nopalera manza, unas casitas acanteradas?

—Sí, ¿la hacienda del "Cedazo?"

—Justo y cabal: la hacienda del "Cedazo" de la propiedad de ese coronel Hernández, que el día del santo de la *niña* estuvo de visita en "Esperanza" Pues sepa

el patrón que esa hacienda era una congregación, que, como legítima herencia, estaba en propiedad de mi padre y cinco de mis tíos. Cuando don Porfirio mandó á los ingenieros del *avalúo*, nos robaron á todas nuestras tierras y nos echaron como á perros de nuestras casas; nos echaron á la desgracia, á trabajar como burros para alcanzar á mal comer apenas.

—Pero eso que tu llamas robo, Vicente, no fué más que una disposición legal para que todas las propiedades quedaran en poder de sus legítimos dueños. Indudablemente que si tus parientes hubieran tenido los títulos de esas tierras en la debida forma, no habrían sido depojuados de ellas.

—El patrón será muy leído y *escrebido*; pero yo sólo le sé decir que si esas tierras no eran de mis parientes, que las sudaron desde que nacieron, menos podrían ser del tal coronel Hernández, que, en cueros vivos, llegó por acá y que, hoy por hoy: no da por medio millón de pesos su capital. A esos les llamo yo ladrones: el patrón déles el nombre que quiera.

En esas llegamos á la presa, y costean-

do la orilla, tomamos por entre un huizacnal cerrado, que nos ponía pronto en las lindes de Esperanza y Bella Vista, justamente separadas por la línea del camino real. Sin percatarnos de nuestra mutua ansiedad, caminábamos ahora con precipitación, y sólo se escuchaba el áspero ruido de los ramajes, bruscamente apartados á nuestro paso.

De pronto Vicente se adelantó, y alargando su brazo, me mostró la cinta morena de una cerca, á la vera del camino.

—Ahí está,—pronunció en voz queda y presa de emoción ostensible.

Pero yo no pude descubrir nada. Un largo y estrecho huacal de oate, sólomente, se veía inclinado sobre la cerca, y, entre los travesaños del mismo, plumones blancos y grises. Pero después ví á un individuo de camisa y calzón de manta, con un sombrero de soyate hundido hasta la nuca, en cuclillas y soplando á dos carrillos la lumbre de un montoncillo de ramas secas.

Mi revolucionario me resultaba, pues, un infeliz vendedor de gallinas. El bromazo me parecía un poco duro, para Vicente sobre todo.

—¿Es él?—pregunté al mozo con cierta ironía.

—Este inclinó la cabeza asintiendo.

El hombre levantó entonces los ojos, se enderezó y muy tranquilamente suspendió su faena, encaminándose hacia nosotros.

—No puedo hablar todo lo que quisiera con usted—me dijo,—porque no tenemos tiempo. Tienen que regresar inmediatamente; los gendarmes rondan á menos de un cuarto de legua de aquí..... Pues bien, en la estación de "Villalobos" el lunes, á las once de la noche, un tren de carga dejará en el camino un furgón de armamento. La gendarmería rural lo sabe todo y estará lista para aprovecharlo; pero como son sólo diez ellos y ya hemos roto los hilos del telégrafo, le bastará á usted con otros tantos para sorprenderlos y acabar con ellos.

—Pero si yo.....

Y el vendedor de gallinas, que me había sorprendido con la corrección de sus palabras y la finura de su voz, acabó por volverme un idiota, poniéndome en las manos una cartera de billetes de banco,

que sacó de entre los cueros de su tosca *pechera*.

—Pero si yo.....—intenté protestar otra vez; mas él me detuvo:

—No hay tiempo que perder; márchense ustedes, porque llegan los gendarmes y nos perdemos de una manera muy estúpida.

Y yo, más imbécil de como había llegado allí, volví grupas y me sentí más frío y descolorido que los tepetates del camino.

Vicente tremulaba de alegría.

Por la noche Toño me dijo:

—Te encuentro ahora muy preocupado, Andrés.

—¡Qué observaciones las tuyas, Toño! —apresuróse María á interrumpirlo;—no te empeñes en ser indiscreto.

—No estoy preocupado precisamente—contesté—un poco triste sí, y, sobre todo, desde que me convenzo de que esta situación se va á prolongar indefinidamente; siento que voy resultando por demás pesado.....Ya cerca de seis meses.....ustedes deben de comprender.....

María y Toño se miraron y sonrieron maliciosamente, dejándome muy intrigado.

—Ya basta de fingir, Andrés. Si de verdad nos aprecias, que cese esa desconfianza con nosotros.

—Vamos, Toño, no seas imprudente, te ensañas en arrancarle su secreto. Déjalo en paz: lo tiene y es muy suyo.

Las miradas de María me abrazaban; pero, en verdad, ella era la que se ensañaba conmigo.

—No hay tal secreto, María, se lo he jurado repetidas veces—exclamé exasperado.—Sobre todo, le propongo que si tengo alguno que usted conozca, lo diga alto para que deje de ser secreto,

Toño y María volvieron á mirarme y volvieron á reír, con la misma risa misteriosa y mortificante para mí.

—¿De veras? Pero si descubro este secreto, es usted suficientemente leal para no obstinarse en su negativa?

—Como nada oculto, en nada puedo obtenerme.

—Es inútil, pues.

—Puede usted decirlo todo, María, gritarlo todo.